

CANTAR EN TIERRA AJENA. LA CONDICIÓN HUMANA EN *LOS APRENDIZAJES DEL EXILIO*, DE CARLOS PEREDA

José Miguel Marinas

La reflexión sobre las migraciones y los procesos de exilio constituye uno de los núcleos del pensamiento cívico contemporáneo. No sólo proliferan los seminarios y debates en torno a los modos del desplazamiento y de la exclusión, sino que estas mismas circunstancias (el gran exilio y la gran migración que forman la modernidad) se analizan en su vertiente subjetiva. En cuanto que forman un nuevo sujeto político.

La impresión general es que la condición nómada se ha ampliado –vía migraciones, vía exilios– hasta hacerse coextensiva a la condición de sujeto contemporáneo. Por eso esta nota, ligada al comentario de un trabajo de Carlos Pereda, pretende recorrer algunos de los derroteros de este *Bildungsroman*, cuyo sujeto y destinatario no es el sujeto de un viaje iniciático juvenil, sino la misma humanidad.

Que los viajes no suponen sólo desplazamientos de personas sino procesos de creación de nuevas culturas, lo refuerzan las metáforas que se emplean en su descripción y análisis. Amin Maaluf, en su obra *Orígenes*, entre la ficción y la novela familiar, la emprende contra la idea de la identidad ligada a las raíces. Está tan clara, viene a decir, la condición nómada de la mayoría de las naciones, que reivindicar las raíces no tiene sentido, salvo sentimental. Y aun este, para ser tomado con cuidado, porque las raíces para lo que sirven –concluye tajante Maaluf– es para no dejarnos andar.

José Miguel Marinas, Universidad Complutense de Madrid

La realidad de las migraciones y los exilios es más compleja que el cómputo de los flujos de población que se desplazan. Es un verdadero proceso de socialización, de nuevo, de manera imprevista y traumática. Es un deshacerse y un rehacerse fuera de lugar, fuera de tiempo. Tratando de dar carta de naturaleza a la condición de *ser de ninguna parte* que el exilado (o el migrante) tiene como seña principal. Ya no es de donde vino, nunca será de donde llegó. Es un proceso relacional, es un proceso de soledad. En él hay redes, comunidades, asociaciones, un vasto mundo institucional que trata de contener un proceso interno, silencioso, lleno de vértigos y de falsos *déjà vu*. Como el que le acomete a María Zambrano cuando, al llegar a Cuba, encuentra en el joven Lezama Lima al vivo retrato de su padre joven, malagueño, con traje de alpaca blanco. Como la que le prende al polaco judío que va a Cracovia: sin que él lo advierta el caballo se da la vuelta y así regresa a su pueblo, él no se da cuenta y se instala en una Cracovia feliz con una casa como la suya, una familia como la suya (en realidad las suyas son) Pero —concluye el relato— «todas las noches se acordaba de su pueblo».

En el reciente homenaje a uno de los grandes exilados o transterrados españoles, doctor Ángel Garma se utilizó una de estas metáforas que son centrales en los aprendizajes del exilio. Garma, bilbaíno de origen, se vio obligado y movido a residir en Buenos Aires a partir de 1938, y aprovechar la ocasión —paradójica según la lógica de lo mismo— para fundar con otros colegas también exiliados del este, nada menos que la Asociación Psicoanalítica Argentina. Este español fundador del psicoanálisis argentino fue recordado entre otras personas por su hija Isabel quien utilizó esta metáfora poética:

Los barcos del exilio, los que iban y venían, se convirtieron en una lanzadera que fue tejiendo las rutas de unos y luego otros modos de dejar la patria y llegar a otra de acogida

Se convirtieron en una lanzadera que al ir y volver hizo tejido, unió condiciones, acompañó lágrimas y risas, despedidas y encuentros. Esa metáfora conmueve al escucharla. Porque es de ese tipo de metáforas casi imposibles, como *contra natura*. ¿Acaso no nos había advertido Machado —el gran exilado— de que no sólo no hay camino sino que no hay más que estelas fugaces en la mar y en la tierra? Vemos que convocar al lenguaje, especialmente al que crea realidades, al lenguaje poético es una de las vías más decisivas para decir de lo imposible algo. Las paradojas, las contradicciones, la sequedad del decir atenazado por la congoja o la negación, pueden encontrar camino de resolución a través de ese lenguaje metafórico, poético. Ese es el mundo de las poesías o canciones de exilio, que en buena parte coinciden con las poesías y las canciones sin más.

La experiencia arranca seguramente del salmo que clama: «¡Cómo cantar en tierra extraña las canciones de Sión!». En seguida reparamos en que cantar en tierra ajena es la condición de quien canta, y que el ser separado o expulsado de un

recinto seguro es condición general que mueve a cantar o a clamar en la sorpresa o en la paradoja.

Pues de metáforas poéticas para atrapar procesos reales invivibles habla el libro que origina esta reflexión. Exactamente de formas de nombrar y de sus márgenes difícilmente decibles también. Y de las enseñanzas morales que tal condición de vagar sin vida propia, de la capacidad para entender la vida no como algo continuo.

Lo que el exilio enseña

Carlos Pereda, filósofo y amigo, conoce el exilio y la enorme dificultad de tratar acerca de él. Porque la gran paradoja es que, respecto del ser *transterrado* (por seguir con la metáfora de los exilados republicanos en México 1939, que coincide con la visión en negativo de Maaluf), se da la tremenda experiencia de que uno tiene que ser capaz de vivirlo sin, por decirlo drásticamente, morirse por dentro; es más, ha de ser capaz de poner en pie nuevas formas de vida. Por eso quien se decide a contar esta tensión insoportable, esta fractura que engendra vidas y relatos lo hace en un estilo cauto, sobrio, secretamente apasionado. Pues se trata no sólo de contar las estrategias para sobrevivir, sino las lecciones que la nueva condición trae consigo. Para la comunidad que emigra o se exilia. Para la humanidad en la que tales procesos tienen lugar.

Por eso en este caso, el libro que nos pone en marcha es un verdadero tratado moral. Un libro que se escribe después de que todo ha sucedido (el exilio de uno) para ver qué nos enseñan esas maneras de desarraigarse a la fuerza. Y al mismo tiempo esta hecho cuando todo sigue pasando, con tozuda regularidad de masas humanas a la deriva. Es un ensayo que se escribe con una trama, una urdimbre aparentemente ligera, embridando los plantos existenciales en una serie de propuestas normativas que saben aunar los modos de decir del exilio en la antigüedad del Libro de la Biblia, en la poesía contemporánea, especialmente relativa al exilio español en México, y en la reflexión sobre las mudanzas a que el exilio somete a sus sujetos y que les hacen pensar en un más allá de la condición de exilado.

«Como cantar en tierra extraña los cánticos de Sión» es, pues, un salmo central dentro de los relatos fundantes del exilio, porque, como Pereda dice en su inicio, no solo se trata de la expulsión de un pueblo prisionero fuera de su tierra, sino de un dibujo muy preciso de la condición humana en su conjunto.

Esa es la enseñanza general del libro: lo que se dice del exilio se dice de la condición humana. Es la reflexión generalizada por los libros recientes de Sami Nair, Juan Goytisolo, Jorge Semprun, entre otros. Lo que Pereda analiza es, como dice

José Miguel Marinas, Universidad Complutense de Madrid

Arendt, lo que está en juego en todos los procesos del exilio. De su analítica potente y cuidadosa saca las formulaciones como imperativos morales, extraídos no de una supuesta regla o condición extratemporal, sino del juicio que discierne en cada caso. Pereda analiza los procesos interiores, no individuales, del transterrarse. Analiza las metamorfosis radicales que experimenta quien tiene que irse adonde no quiere para un tiempo que no se sabe. Como tantos exiliados españoles cercanos a nosotros que mantenían la espera de la muerte del «genocida bajo palio» para volver a España. Pienso, sobre todo, en los que no pudieron cumplir el sueño porque fallecieron antes. Pienso en la fuerza inmensa de su esperanza.

Los relatos originarios, para nosotros, nos remiten a la doble fuente. La doble tradición de los relatos, por utilizar una expresión cara a Reyes Mate, tiene a Jerusalén por fuente literaria y también a Atenas. Al lamento desgarrador «Se han secado nuestros huesos» le sigue la voluntad de recuperación de la comunidad «Construid casas y habitadlas», para ese pueblo que es metonimia de todos.

La tradición griega se apantalla bajo el enunciado moral en primera persona: «soy extranjero en todas partes» / «en todas partes estoy en casa», de Aristipo se aprende la condición de estar listos ante cualquier eventualidad. Ante el exilio griego y sobre todo romano, un aprendizaje de que la condición de exiliado no es un mal, puesto que el individuo es ciudadano por doquier. Quizá eso se sostenía en la capacidad sumatoria de Roma que, como dice J. P. Vernant, a diferencia de otros pueblos, no destruía los dioses ajenos, sino que los integraba en su panteón. El exilio —cita Pereda a Séneca— no nos puede robar «la naturaleza que es universal, y la virtud que es nuestra»

Condición humana hecha de pueblos estantes, pero a su vez, más veces de las contables, de pueblos nómadas que inventan el «non enim habemus hic manentem civitatem sed futuram inquirimus» (carta a los Hebreos, 13,14). La condición nómada se revela no como una anomalía sino como una potencialidad que se actúa más frecuentemente de lo que suponemos. Por eso este libro tiene también tanto de tratado de antropología en anamorfosis. Sin mostrar que lo es.

La secuencia de sus argumentos permite una valoración más detallada de estas enseñanzas del exilio.

Las lecciones morales

1. El punto de partida es la exigencia de un lenguaje que recoja lo que se puede aprender. Los aprendizajes directos del exilio han experimentado en los tiempos modernos y en sus autores, una enorme discontinuidad: a quien pretenda pedir un lenguaje moral que enseñe del exilio, dice Pereda, «no le será difícil per-

cibir la interrupción de los modernos de esa sabiduría (de la Biblia, del socratismo alternativo) al menos como reflexión moral más o menos sistemática».

Lo que resulta tanto como afirmar que, en materia de exilios, el discurso moderno tampoco ha facilitado las cosas. Esos efectos no queridos de modernidad se ven, al fin, llamados por su nombre y el efecto es fulminante: no sólo el sujeto moderno no conquista la tierra toda, sino que las más de las veces se ve obligado a dejar su tierra.

Ante la falta de un discurso moderno que recoja la condición de nómada, como experiencia radical del sujeto político, muchos de los que escriben (Pereda entre ellos) piensan que es necesario volver sobre los mitos fundantes, sobre los discursos originarios para ver cómo funcionan, cómo están hechos. Para ensayar decir con ellos lo que la escasez posmoderna no permite ni aludir.

2. El segundo paso es que, si se adopta el exilio como perspectiva para aprender: lo que esta en juego en estas situaciones, sostiene Pereda, nos acabamos metiendo nada menos que una reflexión sobre la condición de la persona, con este dilema: «o el concepto de persona es social, hecho de derechos jurídicos y económicos, o es independiente de ellos»

Entre dos estados, entre dos condiciones jurídicas y económicas, los exilados, los migrantes, no son todavía ciudadanas o ciudadanos del nuevo Estado en el que se hallan. Si se pretende que la condición de persona sostiene este estado de mutación, es porque hacemos de ella una categoría cosmopolita. Y por ello, el análisis de las exclusiones y de los deterioros del exilio, se ven dificultado en su clarificación peculiar.

Pereda pregunta: «Los derechos y deberes tanto políticos como jurídicos, según el cosmopolitismo, valen en exclusiva como derechos y deberes de las personas. ¿A partir de tales cosmopolitismos desaparece la condición del exilio?». Tal vez decantarse hacia el segundo aserto sea una clarificación que resuelve en teoría pero no en la práctica. Concluye Pereda.

De hecho, los testimonios del exilio, están hecho con las circunstancias peculiares, que, no por semejantes de vez en vez, anulan la fuerza de lo peculiar. Y esa fuerza arranca de la materia prima de la indignación.

3. Los testimonios que se analizan en el libro dan hermosa cuenta de las maneras de tratar esta materia prima. Matizando en la tercera propuesta moral, que no hay que confundir el principio que ampara los testimonios «el principio de confianza en tanto que presunción», con una desarticulada «credulidad general». Radica aquí, a mi entender una de las mas brillantes derivas de Pereda: el que él llama el duro y exasperante arte de interrumpirse. Es decir, la negación de la linealidad, de la acumulación incluso de la congruencia en los relatos que brotan del dolor. El tiempo del relato se interrumpe, se abre, de él surgen no solo datos nuevos sino confesiones nuevas, apreciaciones nuevas. Como aquella que

recoge Cristina Santamarina, en nuestro trabajo sobre historia oral, de la mujer emigrante en Alemania, que acaba reescribiendo su historia de manera diferente, cuando acepta, dice ella, «por fin el derecho de lo alemanes a ser así, como son». Es otro tiempo y otra escritura, es la constatación de que la comprensión es, como Freud apuntaba, siempre «a posteriori», *nachträglich*, y esa condición de dar puntadas al revés de la historia, la tiene un tipo de lenguaje, la palabra poética.

4. «Si en los tiempos modernos se busca reelaborar, esto es reactualizar reflexivamente a partir de nuevas experiencias los vestigios de las antiguas sabidurías sobre el exilio, además de los saberes particulares que puedan brindar la historia, la sociología, la antropología, la ciencia política, la jurisprudencia, también se debe experimentar con la palabra poética»

Así se abre la parte del libro que trata, tomando a los poetas, no como documentación referencial, sino como connotadores entre los que vivir y pensar, como creadores de realidades no dichas, la parte que trata del exilio como pérdida, como resistencia y como umbral. Con las conmovidas palabras de Alberti, Rojas, Cernuda, Gelman, se desmonta un uso arrogante de la razón que nos recomienda que siempre es bueno más de lo mismo. Así la pérdida se verá espejada por los clamores de Cernuda, pero sin duda por la gran radicalidad despojada de Ida Vitale, a cuyo poema Pereda rinde homenaje, por su modo ejemplar, más despojado y valiente por femenino.

Están aquí y allá: de paso
En ningún lado,
Cada horizonte: donde un ascua atrae,
Podrían ir hacia cualquier grieta.
No hay brújula ni voces.

Cruzan desiertos que el bravo sol
O que la helada queman
Y campos infinitos sin el límite
Que los vuelve reales
Que los haría casi de tierra y pasto

Ese no lugar que busca sin embargo un límite que ordene mínimamente. Ese es el secreto de la escritura del exilio. Garfias, Moreno Villa, Millán hablan de los troncamientos, de las pérdidas, pero también de la resistencia, aun cuando la persona que sea interlocutora (otra vez la pregunta por la persona) haya desaparecido en apariencia. El exilio como umbral es una de las más hermosas, tremendas y precisas denominaciones de este libro. La que consagra a que se exilia, en una especie de presente eterno, si no fuera porque la vida es como un aullido interminable.

Ese es el ejemplo de Juan Ramón Jiménez, quien, al decir de Zenobia y con ella, se ponía sus mejores galas en el cuarto del hotel de Vedado en La Habana, para escuchar en una gramola música clásica. Solos, pobres, dignos.

5. El presentismo emborracha de magia torpe, dice Pereda. Es necesario dar profundidad a la planicie aparente del momento. Y hace del hallazgo de la lectura de los poetas, un argumento más para su crítica infatigable de la razón arrogante. Procura despojar a los fenómenos sociales de sus clausuras en si mismos y procura hacerlo una y otra vez. Reza la propuesta.

Es el mandamiento mayor del nómada. No dar por sabido, no dar por encontrado, no dar por llegado del todo. Contra la razón identitaria que se apega a las raíces como si estar fueran el itinerario fatal del bucle de la vida. Volver. Como si además de nacer no hubiéramos hecho, no hiciéramos muchas cosas, en contra de ese mandato naturalista. Por lo mismo que las cosas, las experiencias del exilio permiten ser abiertas, dichas de nuevo, reinventadas.

6. Los aprendizajes indirectos –estos descubrimientos de la consistencia o no del concepto de persona, esa apertura que es más fuga que presente, la diversidad de normas que viene impuesta con desigualdades manifiestas– ayudan a resolver problemas de los aprendizajes directos.

Esa es la grandeza de este libro aparentemente menudo (la letra lo es, pero es mas que mediano), que nos enseña a articular de manera precisa las enseñanzas de los poetas, de los testigos directos, con las enseñanzas del segundo momento, de las vetas morales que va dejando la propia experiencia del estar en otro lado. La condición humana surge de la separación, de la segregación, entendidas en el sentido de despegarnos de un ámbito originario que nos contiene, sin dejarnos ser, no nos hace falta. Y puede que en ese itinerario uno eche mano de fantasías de sutura, de complemento.

Como cuando Daniel Martín, amigo exiliado en Massachusetts, que tuvo que cambiar su nombre, cree ver en las películas en blanco y negro de barcos, la silueta del Starbroock, el último barco que salio de Alicante, en el que iban su padre, comandante republicano, su madre y su hermanito.

Hay un principio de exigencia de sobriedad, de no aceptar complementos ni parches. Sino entrar en el sosegado trabajo del discernimiento. Porque la experiencia de quien se exilia se ve confrontada con la variedad misma de las formas de vida. Amenazadas y amenazadoras.

Por eso caben dos enunciados morales más:

7. (a) Ante la variedad de alacenas culturales que te hacen desconfiar de los valores de tu cultura, porque entran en conflicto con los de otras, inicia prácticas de argumentar. (b) Ante esa situación recuérdate que eres un agente y no un mero sujeto pasivo de un proceso.

José Miguel Marinas, Universidad Complutense de Madrid

